mundo gráfico

Miércoles, 15 de
Diciembre de 1937

AÑO XXVII
Número 1.363
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

40 CTS

En el aniversario de la muerte de

PABLO IGLESIAS

Se han cumplido doce años de la muerte de Pablo Iglesias. En este segundo año de guerra, el aniversario adquiere una nueva y profunda emoción. En la conciencia del pueblo español, la figura del gran socialista—espíritu, vida y conducta ejemplares—se alza hoy con una magnífica aureola. Nunca como en este aniversario de la muerte de Iglesias tuvo tanta verdad la vieja frase «los muertos mandan».

LA GUERRA

Una voz robusta y oportuna que viene de las trincheras

El soldado acababa de llegar al hospital, conducido en una camilla por dos compañeros. Cuando el médico se disponía a levantarle el vendaje provisional que le habían puesto en la trinchera, llamó al practicante y le entregó unos papeles:

—Toma, dáselos al capitán de mi compañía. Es un artículo para el mural.

Al día siguiente, el periódico mural de la trinchera tenía este artículo de un héroe:

«RUMORES

EL RUMOR EN EL FRENTE Y EN LA RETAGUARDIA

EL RUMOR DE LAS BALAS Y EL DE LAS INSIDIAS

Silban las balas sobre la trinchera, sin que se inmuten los valientes soldados del Ejército Popular. Hay quien se ríe y, guiñando picarescamente un ojo, se dirige a un camarada: «¡Agáchate, que te han visto!» En lo alto de una trinchera, tranquilamente sentado, está un muchacho. Las balas estallan junto a él; pero el muchacho continúa impasible. Fuma su pitillo tranquilamente, y entre chupada y chupada se ríe del enemigo.

—¡Quítate de ahí!—le grita un oficial.

—¡Pero si no saben tirar, mi teniente! Hace tiempo que me han visto, y yo les veo desde aquí cómo están cambiándose unos a otros el fusil, a ver quién me acierta..., ¡y nada!

Llega la noche. Se refuerzan los puestos. Se nombran escuchas. Uno de éstos avanza tranquilo y se tiende en el suelo. A treinta metros de distancia, el enemigo avizora. Los fusiles ocultos en las sombras de la noche esperan ansiosos que el dedo oprima el gatillo.

El escucha, tendido en el suelo, a treinta metros del enemigo, avizora el espacio frontero y da gusto al dedo. Vuelven a silbar las balas.

De la trinchera enemiga surge una voz dirigida a uno de los nuestros, un torero famoso enrolado en las Milicias desde los primeros días de la sublevación militar:

—¡Eh, tú, torero! Apaga el pitillo, que te sacudimos.

A continuación suena una descarga cerrada. Se entabla un duelo de fusilería. Los traidores de enfrente quieren apagar aquel pitillo y extinguir, al mismo tiempo, la vida del soldado. El soldado se yergue y les grita:

—¡No me asusto de nada, traidores!

Pero una bala le entra por el pecho. El torero se vuelve a la trinchera y le dice tranquilamente al sargento:

—Que vaya otro a mi puesto mientras yo me lavo la herida. Es cuestión de cinco minutos. Ahora vuelvo.

Pero la herida es grave, y se ha tenido que pasar tres meses en el hospital, entre la vida y la muerte.

Los heroicos soldados del Ejército Popular siguieron oyendo el rumor de las balas. Pero, ¡bah! ¡Rumores! ¡Rumores!

* * *

En Madrid dicen que ha caído Bilbao, y es verdad. Una verdad dolorosa; pero verdad, al fin. Pero junto a esta verdad, los interesados en sembrar la confusión y en desmoralizar la retaguardia, también van envueltas muchas mentiras, buscando en la única verdad un fulgor prestigioso para las afirmaciones que no lo son.

Hay que acabar con los rumores de la retaguardia, que tanto daño hacen a nuestra causa. Nuestro triunfo final es indiscutible. Pero con una acción eficaz hasta lograr la desaparición de ese cáncer en nuestra carne viva, se acortará la distancia para el logro de la victoria.»

* * *

En el mural estuvo mucho tiempo el artículo del soldado. Casi tanto como estuvo su autor en el hospital debatiéndose en anchos mares de agonía.

Yo he querido recoger ese artículo, porque es una voz robusta y oportuna que nos viene de las trincheras.

ANTONIO DE LA SERENA

ACTUALIDAD

En Barcelona ha fallecido el ilustre astrónomo don José Comás y Solá, que tenía en los medios científicos un prestigio universal. Ved en la fotografía de arriba al eminente sabio en el Observatorio Fabra, del Tibidabo. En la fotografía de abajo, el presidente Companys y algunos consejeros de la Generalidad en la presidencia del duelo (Fots. Torrents y Merletti)

Una Delegación de la Sociedad «Les Jeunes Filles» de Francia, ha estado en Barcelona para hacer entrega de una considerable cantidad de botes de leche condensada con destino a los niños españoles. He aquí a las muchachas con los señores, Companys y Comorera (Fot. Torrents)

DE BARCELONA

El regreso de Vendrell, Juan Magriñá y la Cobla Barcelona

Itinerario de un equipo de artistas

Están de nuevo en Barcelona, terminada su actuación por tierras del Extranjero, la Cobla que lleva el nombre de aquella ciudad, el tenor Emilio Vendrell y el bailarín Juan Magriñá. Su campaña de propaganda y de arte por diversos países de Europa ha sido magnífica y de una gran eficacia. Sus actuaciones ante públicos distintos han contribuído poderosamente a despertar corrientes y gestos de adhesión hacia la causa popular española.

Con este equipo de artistas admirables fué un delegado de la Generalidad de Cataluña, que ahora está también de nuevo en Barcelona, con sus compañeros de *tournée*. El es el que, rápidamente, da unas impresiones de lo que ha sido ese viaje por Europa de la Cobla, de Vendrell y de Magriñá.

—¿Cuánto tiempo ha durado la actuación?

—Nueve meses. Se cumplen precisamente en estos días.

—¿Y cuántos conciertos han dado en todo ese tiempo?

—Doscientos veinte. Y hemos recorrido un total de 24.339 kilómetros.

—¿Qué países fueron visitados?

—Francia, Bélgica, Luxemburgo, Checoeslovaquia. En todos ellos, el éxito ha sido clamoroso. Tanto Vendrell y Magriñá como los muchachos de la Cobla han realizado un trabajo verdaderamente entusiástico, agotador en muchos momentos.

Bélgica y Francia

—En Bélgica estuvimos cuatro veces. Ahora, cuando ya habíamos de regresar, se nos reclamaba de nuevo para tomar parte en un festival monstruo. Este festival, patrocinado por el Gobierno belga, se había organizado con el propósito de recaudar fondos para sostén de los niños huérfanos y refugiados de la guerra. Se trataba de poderles comprar, con lo que se recaudase, carbón y ropas de invierno. En Bélgica y Francia, nuestra Cobla, Vendrell y Magriñá habían llegado a ser conocidísimos. Apenas se organizaba ninguna fiesta sin contar con nosotros. Nuestra música, nuestros bailes, nuestras canciones, eran acogidos siempre con un auténtico entusiasmo. Hemos recorrido los dos países de punta a punta. Y hemos podido comprobar de un modo directo el fervor con que allí sienten las multitudes nuestra causa. Nuestras actuaciones han contribuído de modo decisivo al aumento de las suscripciones y de las colectas que allí se realizan en favor de las víctimas inocentes de la guerra.

Checoeslovaquia

—Hemos visto episodios emocionantes y conocido rasgos de un profundo valor sentimental. En las regiones mineras de Bélgica, por ejemplo, hemos visto hombres que una vez realizado su duro y agotador trabajo se dedicaban entusiásticamente a la tarea de organizar festivales en favor nuestro y a ir de casa en casa solicitando ayuda para el sostenimiento de los niños refugiados que allí tienen acogidos.

Y en Checoeslovaquia, lo mismo. Recorrimos todo el país. Y en el aplauso a nuestra música y a nuestro folklore intervenían no solamente las multitudes proletarias. Públicos burgueses nos aplaudían y acogían con el mismo entusiasmo delirante. Hubo veces en que, acabado el concierto, y en vista de que el público se resistía a desalojar la sala, fué preciso apagar las luces para que la gente se marchase así. Hemos visto también en este país la atención solidaria con que se sigue nuestra lucha. Allí funciona el Comité de Ayuda a la España Democrática, que viene realizando una gran labor. Querían aún en el país checoeslovaco que prolongáramos nuestro viaje. Y también se nos reclamaba de nuevo en Francia. Hubiéramos podido seguir actuando, por lo menos, hasta el mes de Marzo. Pero se nos llamaba aquí, en Cataluña, y aquí estamos.

JOAQUIN MIRO

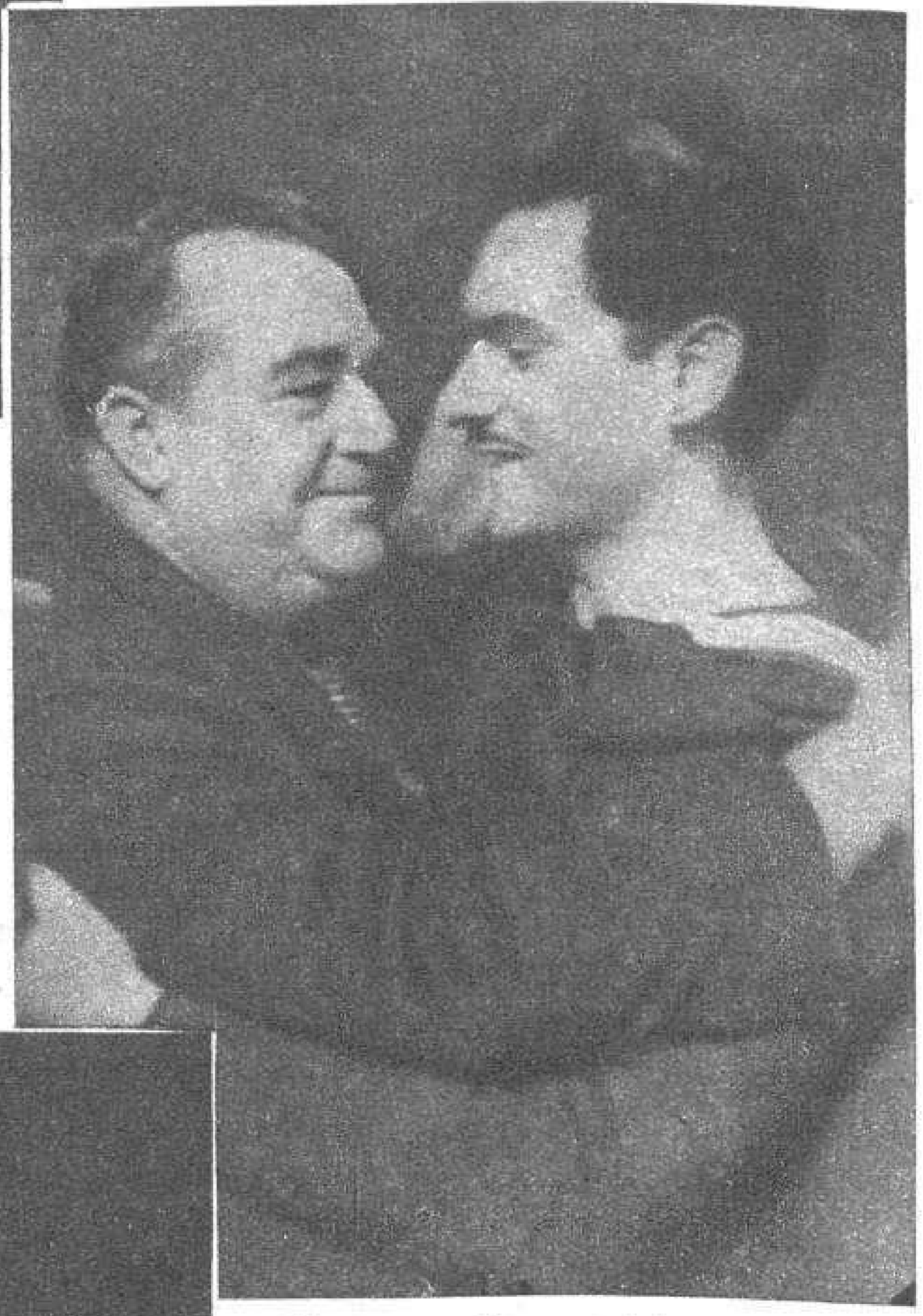
Retaguardia

En honor de los mutilados de guerra

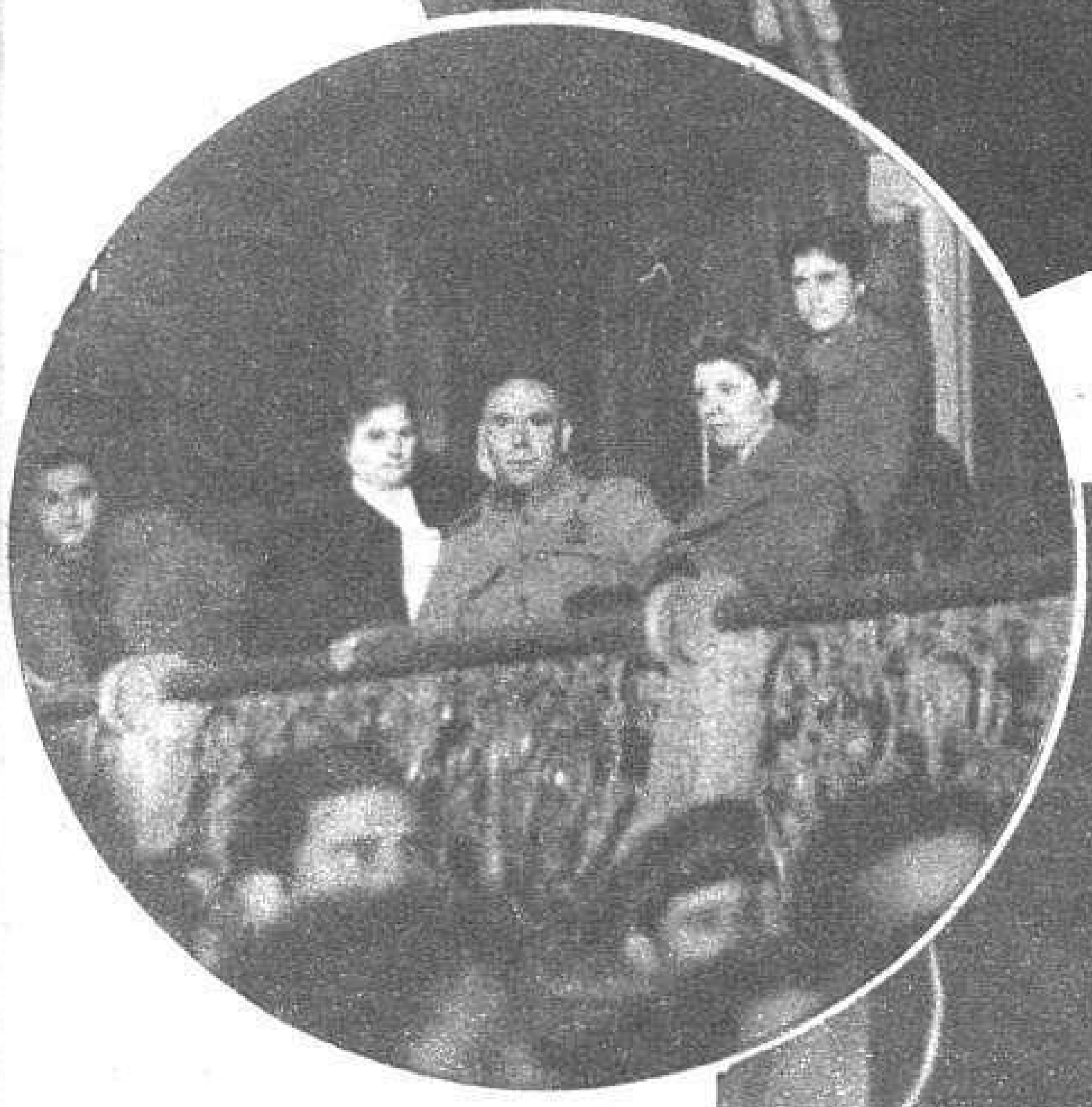
El homenaje a unos marinos heroicos

La entrega de un estandarte a un regimiento de Caballería

El general Miaja con algunos de los mutilados de guerra que asistieron al festival organizado en Madrid por el Grupo del S. R. I. que lleva el nombre del ilustre defensor de Madrid. El festival se celebró en honor y beneficio de los mutilados de guerra



Hace unos días se celebró, en el Hogar del Marino, un acto en honor del comandante del torpedero número 3, Guillermo Aneiros, y la tripulación de dicho barco. He aquí el abrazo de un joven marino al comandante del buque, después del simpático acto



Desde un palco del Teatro de la Zarzuela, en Madrid, el coronel Ortega presencia la fiesta celebrada para entregar a un regimiento de Caballería el estandarte y los guiones que le han sido ofrecidos por el Grupo Alfonso Cernadas, del S. R. I.

←
El ministro de Instrucción Pública en el acto de entrega del estandarte al regimiento de Caballería que llevaba antes el nombre de Jesús Hernández

Jesús Hernández, ministro de Instrucción Pública, durante el festival de la Zarzuela

(Fots. Videa', Yubero y Benítez)

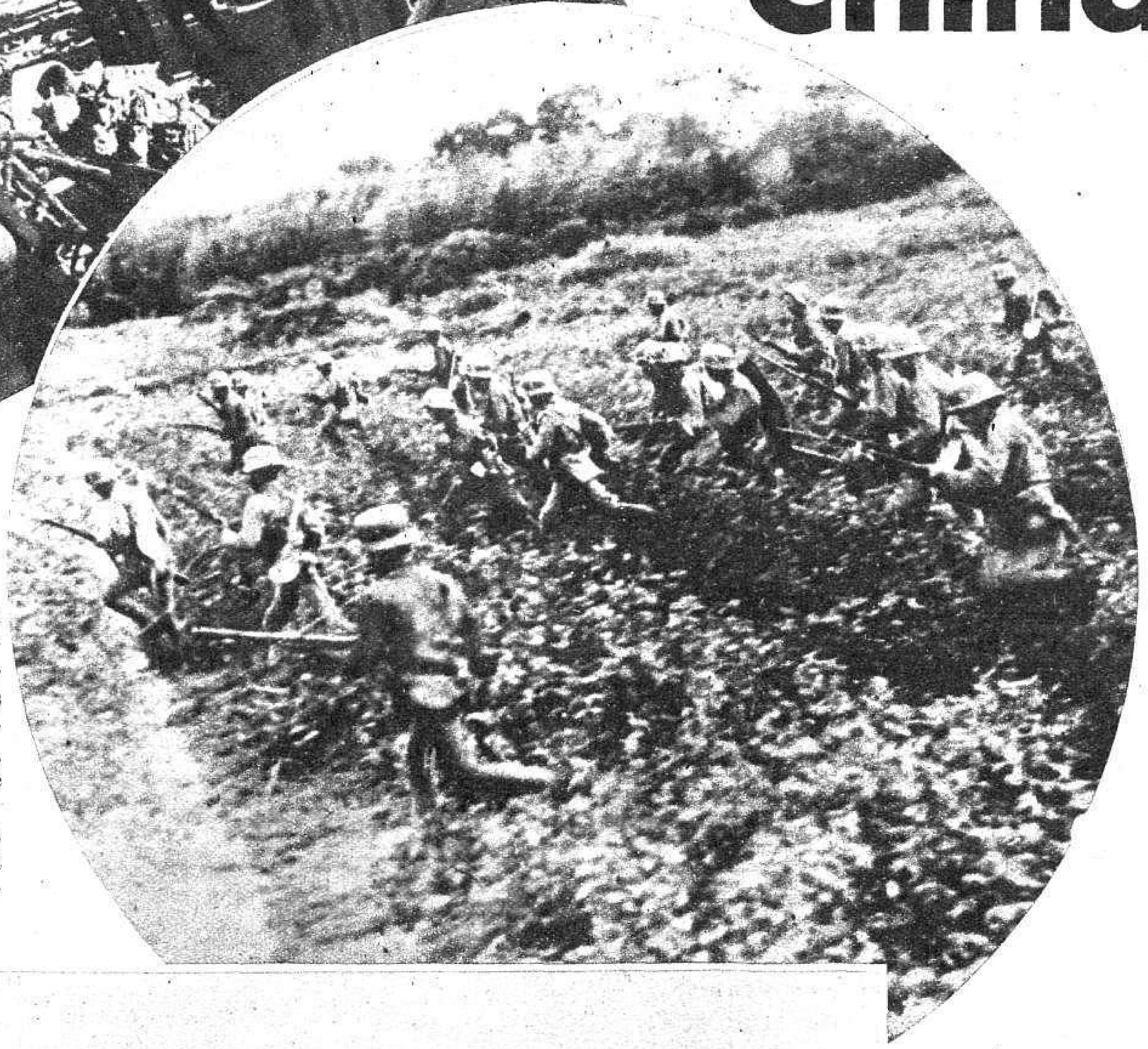
A nuestros lectores

Este número de nuestra revista consta de doce páginas. Siempre que nuestras existencias de papel nos lo permitan, continuaremos presentando la misma cantidad de páginas a nuestros lectores, a quienes renovamos nuestro deseo de poderles dar cuanto antes números de mayor volumen que estos que hoy nos vemos obligados a publicar

Imágenes de la lucha en China

Restos de aviones japoneses derribados por las baterías antiaéreas chinas en el frente de Nankín

He aquí algunas escenas de la lucha en China, que ha revestido estas últimas jornadas una extraordinaria dureza. El Ejército chino defiende su territorio con una tenacidady un brío ejemplares, causando víctimas incontables a los invasores y quebrantando fuertemente las filas japonesas . Las últimas batallas han tenido una gran violencia, y los soldados chinos, una vez más, han puesto de relieve su heroica voluntad de resistencia y su espíritu indomable de sacrificio, que les lleva a preferir la muerte a la entrega. La lucha del pueblo chino, en esta hora histórica de su vida, quedará ante el mundo como un ejemplo glorioso.



Ha sido dada la orden de ataque. Los soldados chinos abandonan sus trincheras para lanzarse sobre las posiciones enemigas

(Fots. Luis Vidal)

Los soldados chinos se lanzan al ataque de una posición japonesa durante una de las últimas batallas en el camino de Shanghai hacia Nankín

CAMPAÑA DE INVIERNO

Es duro el invierno en las trincheras. Frío, lluvia y viento golpean al combatiente. Toda la defensa contra la inclemencia de la estación inmediata—adelantada ya, en la realidad, al calendario—será poca. Hay que hacer que el cuerpo se sienta firme, para que el ánimo continúe tenso y para que el espíritu no pierda ímpetu combativo. Sintiendo esta realidad, la voz del Socorro Rojo se ha alzado en petición de una efectiva solidaridad, en este sentido, del hombre de la retaguardia con el hombre del frente. Hay que impedir que el frío pueda morder al soldado en la trinchera. Y para ello, la Campaña de Invierno ahora iniciada por aquella institución está llamando, con acentos llenos de emoción humana, a la sensibilidad solidaria de nuestros hombres y de nuestras mujeres.

Pero no es sólo el combatiente el que puede sentirse acosado por los aldabonazos helados del invierno, que ya está llamando a nuestra puerta. Hay también familias que hubieron de abandonar sus hogares y dejar detrás todo lo que hasta entonces fué su vida: muebles, ropas, recuerdos... La guerra llegaba, y había que librarse de su furia destructora, de su locura de metralla y de llamas. Familias enteras hubieron de marchar, en éxodos dolientes, hacia zonas menos castigadas por la guerra. Surgía, así, el problema de los refugiados. Y dentro de él, ahora, el problema más concreto del invierno de los refugiados: ropas de abrigo para esos hombres, esas mujeres y esos chiquillos que tuvieron que salir de su hogar apenas con lo indispensable.

A este problema mira también la Campaña de Invierno iniciada ahora por el Socorro. Problema de gran volumen, que requiere, para poder ser resuelto, la colaboración de todos. Y a todos está llamando hoy, desde la calle, desde la tribuna y desde la Prensa, la voz del Socorro, llena de la emoción de la solidaridad.

El entusiasmo de las multitudes se ha movilizado a las primeras llamadas de la Campaña de Invierno. Las grandes capitales, como los pueblos humildes, se disponen a cooperar fervorosamente al movimiento. En las suscripciones iniciadas ya figuran los políticos, y los militares, y los trabajadores. Desde el Presidente de la República al obrero de una industria de guerra. Todas las aportaciones son necesarias para esta tarea de contornos extraordinarios.

Coinciden los días duros del invierno, además, con fechas que son tradicionales en la vida de los pueblos. En esas fechas, el acento de la solidaridad debe ser más fuerte, llenarse de más profundo contenido humano. Días últimos de un año que se va; días primeros de un año que llega. Al Socorro no podía escapársele la emoción de recuerdo que hay, inevitablemente, en esas jornadas. Y así, junto a la ayuda en ropas de abrigo para los hombres de las trincheras y para los refugiados, se hará la Nochebuena del Combatiente y el Día del Niño. Un recuerdo—turrón, tabaco...—para los que combaten, y unas golosinas y unos juguetes para los «chavales», que acaso tienen a sus padres en las trincheras. Hacia esas tres direcciones mira la Campaña de Invierno iniciada en estos días por el Socorro. El invierno, la Nochebuena, los chiquillos: tres temas profundamente encadenados en esta hora de la vida de España.

Los primeros pasos de la Campaña han tenido una gran fortuna. No hay riesgo en profetizar un éxito total a la tarea emprendida. Tarea, evidentemente, de una gran ambición, de un extraordinario volumen. Pero que, por estas mismas grandes proporciones suyas, tendrá la adhesión de todos, desde los hogares, desde los talleres, desde los Sindicatos.

El cartel con que el S. R. I. pide a las gentes su colaboración a la Campaña de Invierno.—A la izquierda: La entrega de unos juguetes con destino al Día del Niño, que el Socorro tiene en preparación.—Abajo: El control del Servicio de Ayuda a los trabajadores de la Prensa, uno de los días en que el S. R. I. realizó este servicio. Se ve en la fotografía a los compañeros de Prensa Gráfica que controlaron la ayuda a los trabajadores de nuestra Casa
(Fots. Videa)

PABLO IGLESIAS,

ejemplo de tenacidad

Jna típica actitud oratoria de Pablo Iglesias en los días en que su palabra enardecía a las muchedumbres proletarias

Era en el Madrid de primeros de siglo. Desde la tribuna de los mítines obreros, Pablo Iglesias hacía en el ánimo de las multitudes siembra de razones que a la larga habían de fructificar...

La siembra que la España de nuestra hora ve convertida en fruto

El nombre de Pablo Iglesias vuelve a tener una actualidad de homenaje en el escenario del gran drama español.

En el duro ambiente de la guerra se conmemora por segunda vez la fecha de la muerte del jefe y fundador del Socialismo español.

El año pasado, en estos mismos días, aun eran parapeto de primera línea las piedras del monumento a Pablo Iglesias, en el Parque del Oeste. Los discípulos del *Abuelo* se batían allí bravamente, cara al paisaje velazqueño que Iglesias, en sus últimos años, contemplaba desde el balcón de su piso de la calle de Ferraz.

Volaron los pájaros siniestros sobre las alamedas del Parque, tronó entre las frondas la metralla, crepitó furiosa la fusilería, tuvieron esquirlas de balas las piedras estatuarias... Pero el monumento quedó incólume, simbólicamente, como una trinchera ideal del Madrid inexpugnable.

Quedó erguido en el aire fino del invierno el busto al que el cincel dió aliento vigoroso de inmortalidad. Del mismo modo que en el hundimiento de tantos valores que ha provocado la guerra, el nombre y la obra de Pablo Iglesias se mantienen incólumes. Su recuerdo es como una gran sombra gigantesca que no ha dejado de estar presente tutelando la gran tragedia de estas horas de España.

En esta escultura de Emiliano Barral quedó reflejada la expresión serena y la noble quietud de la testa gloriosa del «Abuelo» en la hora del tránsito

Pablo Iglesias ha muerto. Madrid le rindió fervorosamente un homenaje de duelo. Y todos los años, al cumplirse el aniversario de aquella fecha, hay flores de recuerdo y de respeto filiales sobre la tumba de esta ejemplar figura del Socialismo

Place al periodista, como una contribución al homenaje que en estos días dedica a Iglesias la democracia española, evocar el recuerdo de una visita al *Abuelo*.

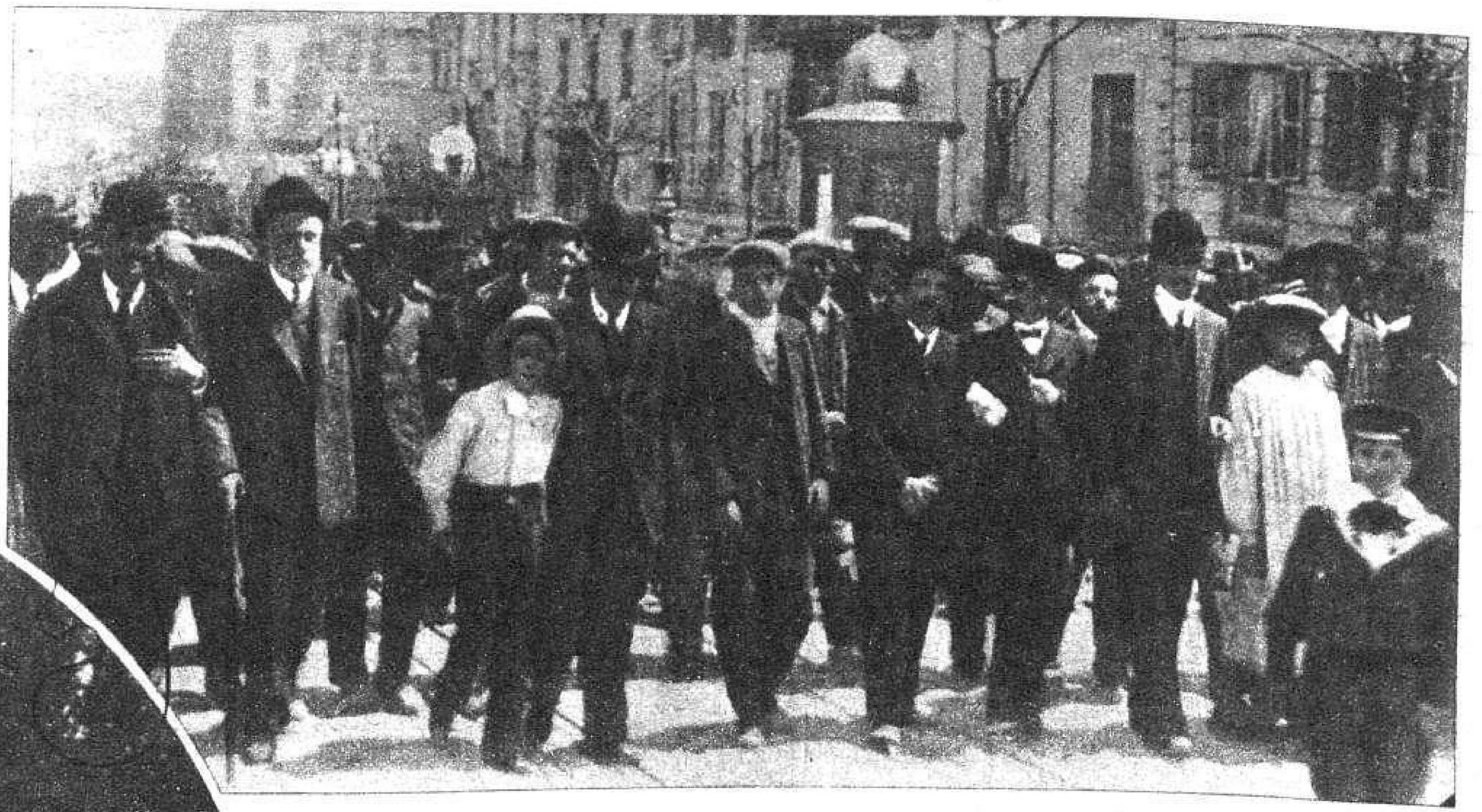
Eran los días precursores del golpe de Estado primorriverista. Tratábamos de obtener de labios del líder obrerista datos, anécdotas, sucesos de su vida, para una biografía que había de aparecer, en una serie de grandes figuras españolas, editadas por Prensa Gráfica. Se hizo el trabajo, que quedó inédito por mandato de la censura dictatorial.

Iglesias se aferraba ya difícilmente a la vida. Apenas podía trabajar. Sólo los días en que el sol entraba por el balcón de su despachito se levantaba y, con pulso trémulo, escribía su correspondencia. En el anciano enfermo, únicamente los ojos claros, acerados, bajo las cejas foscas, conservaban intacto su fulgor vital.

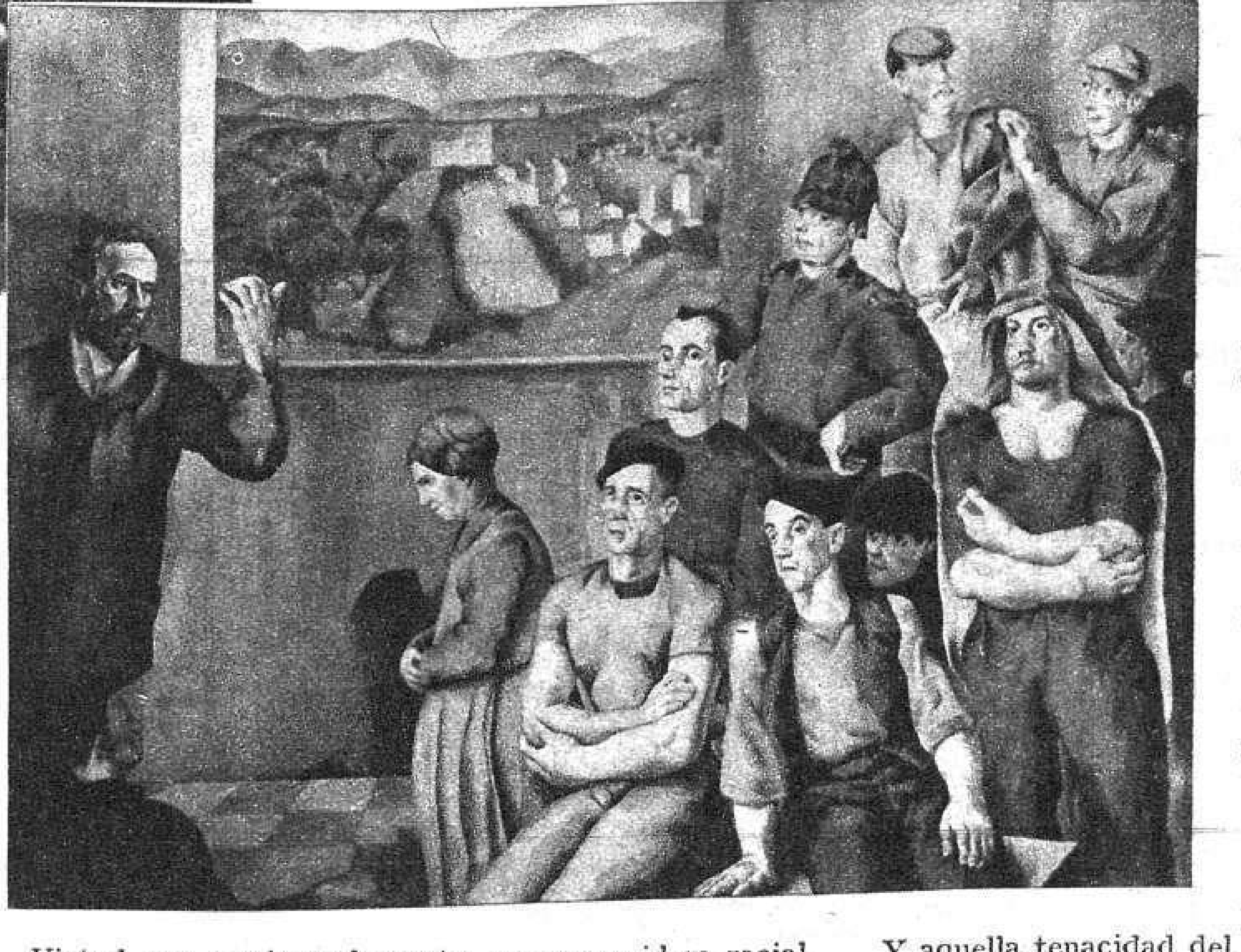
En el curso de la requisitoria periodística, llegó el momento de preguntar a Iglesias cuál creía él que era la cualidad señera de su carácter. *El Abuelo*, sin vacilar, respondió:

—La tenacidad. Estoy seguro; no he dudado nunca, no he vacilado nunca, ni aun en los momentos más difíciles...

Iglesias, carne de pueblo, bloque de auténtica cantera popular, era así, como una roca; sus aristas no se desgastaban a roce de horas ni a vientos de adversidad. Tenía el ímpetu inexorable de todas las grandes voluntades creadoras. Y, sobre todo, la tenacidad, la magaífica terquedad indomable, subterránea, paciente, que es la levadura de todo verdadero triunfo.



El primero de Mayo de 1906 en Madrid. Pablo Iglesias, con otros compañeros de doctrina y de organización, desfila en la manifestación obrera de la Fiesta del Trabajo



Una pintura de Quintanilla en el monumento a Pablo Iglesias erigido en Madrid

Virtud que, equivocadamente, no se considera racial porque la nublan crisis de apasionamiento, estallidos de volubilidad superficial; pero que es una auténtica cualidad español...

Esa virtud de la tenacidad alimenta, como un venero profundo y callado, toda la historia de nuestro pueblo. Ella es el alimento de la condición racial más insobornable: el espíritu de independencia. Sin ella, un país como España, ruta abierta a todas las invasiones, hubiera terminado por perder su personalidad, por diluirse en las afluencias extrañas.

Y, sin embargo, la verdad se manifiesta concreta: el español, el celtíbero, ha conservado incólumes sus características, su espiritualidad racial. Admirable terquedad, que nos dota de personalidad inconfundible en todas las perspectivas de la Historia.

Iglesias, como Marcial, el cordobés, aunque sin sus epigramas, fué un celtíbero que se indigna. La injusticia social le meció en la cuna, y ya nunca pudo olvidar ese arrullo que engendra protesta, rebeldía. Proyectada en su tiempo, en la España de finales del siglo XIX, la obra de Pablo Iglesias es ingente. Alumbrar en aquella España de la decadencia borbónica, sumida en el estupor de las pérdidas coloniales, el espíritu democrático; pensar siquiera que el pueblo existía, buscarlo, depertarlo, inculcarle la idea de que representaba una fuerza, constituye una labor gigantesca, aureolada con gloria de creación auténtica. Porque era casi crear de la nada, engendrar en lo casi muerto, inyectar vitalidad a lo que agonizaba. Lord Salisbury nos había diagnosticado como nación en el último estertor, y Silvela no le encontraba ya el pulso a España.

Iglesias fué el animador; su voluntad, el ¡sésamo! que galvanizó a aquel fantasma de pueblo que la Monarquía aletargaba. ¡Con qué ironía despectiva, de falsa conmiseración, se hablaba, en la España de entonces, de «la honrada blusa»! Iglesias, niño hospiciano, obrero de alpargata y blusa, fué el primero que calibró todo el valor futuro de aquellas blusas y aquellas alpargatas, forzados en las galeras de la burguesía ciudadana, ilotas en los cortijos, carne de cañón para las aventuras guerreras.

El, precursor, las sacó de la nada, y fué el primero en inyectarles la consciencia de su fuerza y, sobre todo, en dotarlas, en contagiarlas de la magnífica tenacidad, de la terquedad de su espíritu.

Sin aquellas lecciones, sin aquellos ejemplos de tenacidad, de capacidad para resistir la adversidad, ¿qué hubiera sido la guerra actual para nuestro pueblo? Una militarada más al uso del siglo XIX o un simple paseo militar triunfante en pocas semanas.

El espíritu y la obra de Pablo Iglesias han hecho capaz al pueblo del largo, duro, terrible sacrificio que significó aceptar la guerra, sostenerla a ultranza, hacerla y estar dispuesto a seguir haciéndola a través de diez y seis meses de dolor.

Y aquella tenacidad del *Abuelo*, su espíritu, «que no dudó nunca, que no vaciló nunca, ni en los peores momentos», fué lo que permitió decir certeramente a uno de sus discípulos dilectos—Indalecio Prieto—, en las primeras horas de la guerra, arrojar al enemigo esta verdad: «Rendición, ¡no la esperéis! Sumisión, ¡no la esperéis! Si queréis prisioneros, ¡encontraréis cadáveres!»

J. F.

Historias de nuestra guerra

X

La razón de un voluntario

La acción había sido muy dura. Se había rechazado, causándole bastantes bajas, un fuerte ataque de la Caballería mora. Después se recibió orden de contraatacar, y después de una hora de ruda pelea, los milicianos consiguieron desalojar al enemigo de unas trincheras avanzadas.

Se sucedió esa calma pesada, ese silencio hondo y grave de los campos de batalla cuando cesa el estruendo formidable de las armas. Silencio que es más impresionante por contraste con el ruido trágico del combate. Es entonces cuando el soldado, en un involuntario balance espiritual, vuelve los ojos a todos los recuerdos de su vida, calibra sus emociones, valora cuanto pudo perder en el azar de la lucha y comprende mejor la hondura de esta cosa maldita y terrible que es la guerra.

Los camaradas se reunen. Parece que la identidad del peligro sorteado tiende nuevos, sutiles lazos de afinidad entre sus almas.

La chavola donde se descansa tiene en esos instantes tibieza y significación de hogar. Los hombres que han desafiado juntos a la muerte se sienten más cordialmente hermanados que nunca. Horas de intimidad, fraternidad de las trincheras, que estrechará afectos para toda la vida.

Es grato entonces hacerse confidencias. Cada cual, después de los momentos en que corrió el máximo riesgo, siente como un instintivo afán de reconstruir su vida, evocando recuerdos. Se habla entonces como nunca del hogar lejano, de los afectos dejados atrás, de todas las pequeñas y gratas incidencias de la vida de paz. Hay como una íntima satisfacción, un secreto orgullo de haber vencido, indemne, las asechanzas trágicas que el Destino pone en cada disparo, en cada explosión. El combatiente es, en esos instantes, como un jugador ganancioso que gusta de buscar razón a su buena suerte.

En el combate de aquel día se había portado como un bravo—y no era la primera vez—el camarada Marcelo, un hombretón murciano, como de cuarenta años, buen soldado y tirador excelente, que, además, tenía un brio y un entusiasmo contagiosos.

Era de esos hombres que parece que gozan en la pelea y a los que les emborracha el ruido y el olor de la pólvora.

Cuando había lucha, se transfiguraba, lo cual contrastaba con su carácter, que en las treguas de paz era de lo más amable, llano y bonachón.

La modestia del camarada Marcelo no era fingida, porque habían querido ascenderlo, y él lo había rechazado siempre, diciendo:

—Estoy convencido de que no sirvo para mandar. Además, para mis gastos personales tengo bastante con el sueldo de miliciano. Mi familia no necesita nada; tengo en mi pueblo un pequeño comercio que les da para vivir.

Chocaba, además, que Marcelo, que por su edad estaba fuera de obligación militar, no manifestaba ningún interés por las conversaciones políticas, ni pertenecía a ningún partido.

Aquella tarde, después del combate, reunidos en la chavola varios camaradas, le instaron para que explicara la razón de haberse enrolado, los motivos que le estimulaban a la lucha. Era un tema que se planteaba muchas veces entre todos.

—Mirad, muchachos—contó Marcelo, reflexivo y sereno, como era su natural—. Yo fuí soldado el año 21. Como lo éramos casi todos: sin entusiasmo y porque no había más remedio. Me faltaba un mes para cumplir cuando ocurrió lo de Annual. Yo estaba en Málaga, de guarnición, y me llevaron a Africa. La verdad, no me hizo gracia, porque no sentía la guerra. Pero me tocó ser de los primeros que entraron en Nador cuando se reconquistó, y aquello me volvió loco. Cuando yo vi aquellos centenares de cadáveres bárbaramente mutilados, las mujeres muertas y con los pechos cortados, los hombres destrozados, revelando terribles suplicios, con sus atributos del sexo arrancados y clavados en el pecho, todo aquel espanto, aquel hedor de corrupción que nos impregnó durante muchos días los sentidos, no sé lo que pasó por mí. Lloré de rabia, de deseo de venganza. Hice entonces la guerra sintiéndola, ansiando aniquilar a los culpables de tanta infamia. Me licenciaron después de un permiso por herido, y si no hubiera sido porque mi madre estaba muy enferma y me retuvo a su lado, hubiera pedido el reenganche hasta acabar la campaña.

Cuando estalló esta guerra, yo, la verdad, no pensé intervenir para nada. Tengo mujer y dos chicos, y mi comercio me daba para vivir. Pero cuando me enteré de que los fascistas habían traído moros a España, creí que el mundo se hundía o yo me había vuelto loco. Me parecía imposible que militares que habían estado en Africa, que habían visto los horrores de Nador, de Zeluán, de Monte Arruit; que sabían cuánta sangre y cuántas lágrimas le había costado Marruecos a España, trajesen contra nosotros a los moros. No lo podía creer. Era un absurdo trágico. Pero vi retratados a los primeros marroquíes prisioneros, me atestiguaron su presencia compañeros que venían de los frentes. Y ya no me pude contener. Repito que tengo mujer e hijos, y, acordándome de lo que había visto en Africa, se me encendió la sangre. Pensé que era preferible morir matando a consentir que nuestras mujeres y nuestros hijos sufrieran la suerte de aquellos de nuestra sangre que yo vi martirizados en Africa. Y aquí me tenéis de voluntario. Acepto la guerra; me lo explico todo. Lo único que jamás podré comprender es que haya habido españoles capaces de traer contra nosotros a los cabileños para darles la trágica satisfacción de saciar en carne viva de España sus rencores, sus odios de siempre.

J. F.

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

Dos conductas

Una de las cosas que más impresión nos produjeron cuando la toma de Belchite por las tropas leales fué el comprobar el lamentable estado de abandono, de verdadera miseria, en que estaban los heridos fascistas que encontramos alojados, por grupos, en casas particulares, que, aunque improvisadas como hospitales, no revelaban en el menor detalle que en ellas se prestase asistencia médica a nadie.

Naturalmente que todos los que encontramos en tan triste estado eran simples soldados, es decir, «carne de cañón», según la teoría imperialista. A los jefes y oficiales sí habían tenido buen cuidado de curarlos y evacuarlos.

Había muchos soldados con las heridas infectadas, que habían caído cuatro y cinco días antes, y no les habían hecho ni siquiera la cura de urgencia. A los heridos leves, es decir, a los que podían ser fácilmente «reparados» y volver a prestar servicio, sí se los habían llevado del pueblo. Pero los graves, los que precisaban una amputación, habían sido inhumanamente abandonados a su suerte. Fueron nuestros sanitarios quienes se ocuparon de ellos. Inmediatamente fueron evacuados de los sitios de peligro y se les trasladó a otros pueblos próximos, donde nuestros médicos se apresuraron a curarlos. La mayoría de los heridos desfallecían, faltos de alimentos, y no podían disimular sus gestos de asombro cuando veían que éramos nosotros, «los rojos», sus «enemigos», los que aun en aquellos momentos de mayor peligro, en pleno combate, nos preocupábamos de salvarlos y atenderlos.

Toda nuestra preocupación era alejarlos del pueblo, pues suponíamos que la aviación enemiga había de venir en seguida a intentar tomar venganza de la derrota que le habíamos infligido con la conquista de Belchite.

Y así fué. Todavía nos ocupábamos en poner a salvo a los heridos y a la población civil, cuando vinieron los «pájaros negros» y bombardaearon furiosamente, hasta que fueron ahuyentados por nuestros «cazas».

Un soldado fascista, que tenía una pierna herida y terriblemente hinchada, iba a ser sacado a la ambulancia en el momento del bombardeo.

Apenas dió tiempo a refugiarlo en un portal cuando descargó «la nube». Una bomba estalló en la calle, y un trozo de metralla volvió a herir mortalmente en el pecho al soldado. Acudimos a socorrerlo, y él, con una expresión inolvidable de amargura infinita, aun tuvo fuerzas para decirnos:

—¡Tenían que ser «ellos»!... Me tuvieron siempre engañado... Decían que vosotros asesinabais a los heridos..., y ya véis. Cuando me ibais a salvar, son ellos los que me matan... ¡Tenían que ser ellos! — Valentín Castro León.»

"Fernandote"

«Nuestro compañero Fernandote es un verdadero hércules, y tiene un humor excelente, que no pierde ni en los momentos más difíciles. Seguro de su fuerza física, está siempre dispuesto a ayudar en las tareas más pesadas. Para él, hacer pedazos en pocos hachazos un grueso tronco o echarse a las espaldas, de un sólo ímpetu, un saco de ochenta kilos, son juegos de niños, que hace como prueba sin el menor esfuerzo.

Pocos compañeros he conocido tan «sentados», tan tranquilos, tan dispuestos a soportar sin la menor queja las molestias y penalidades de la guerra.

Estábamos en el frente del Sur y eran los días de gran lucha en el sector de Pozoblanco. Raras eran las horas en las que no se armaba «fregao» y nuestro avance se realizaba victoriosamente. Una tarde, durante un duro combate, íbamos desplegados en guerrilla, y encontramos a un moro herido, que iba arrastrándose por entre los surcos.

Los suyos lo habían abandonado para huir.

Ni corto ni perezoso, Fernandote se echó al moro a cuestas y lo llevó a toda prisa para que lo curaran nuestros sanitarios. Cuando llegó al puesto, iba jadeante, casi asfixiado. Reconocieron al prisionero: tenía una herida leve en un hombro.

—Este «galán» ha podido venir por su pie— dijo un sanitario—. Buen tonto has sido con cargar con él, Fernandote.

—Y que pesa como de hierro—dijo éste—. ¡Mira que para yo no poder con él!... Si tengo que dar veinte pasos más, me caigo.

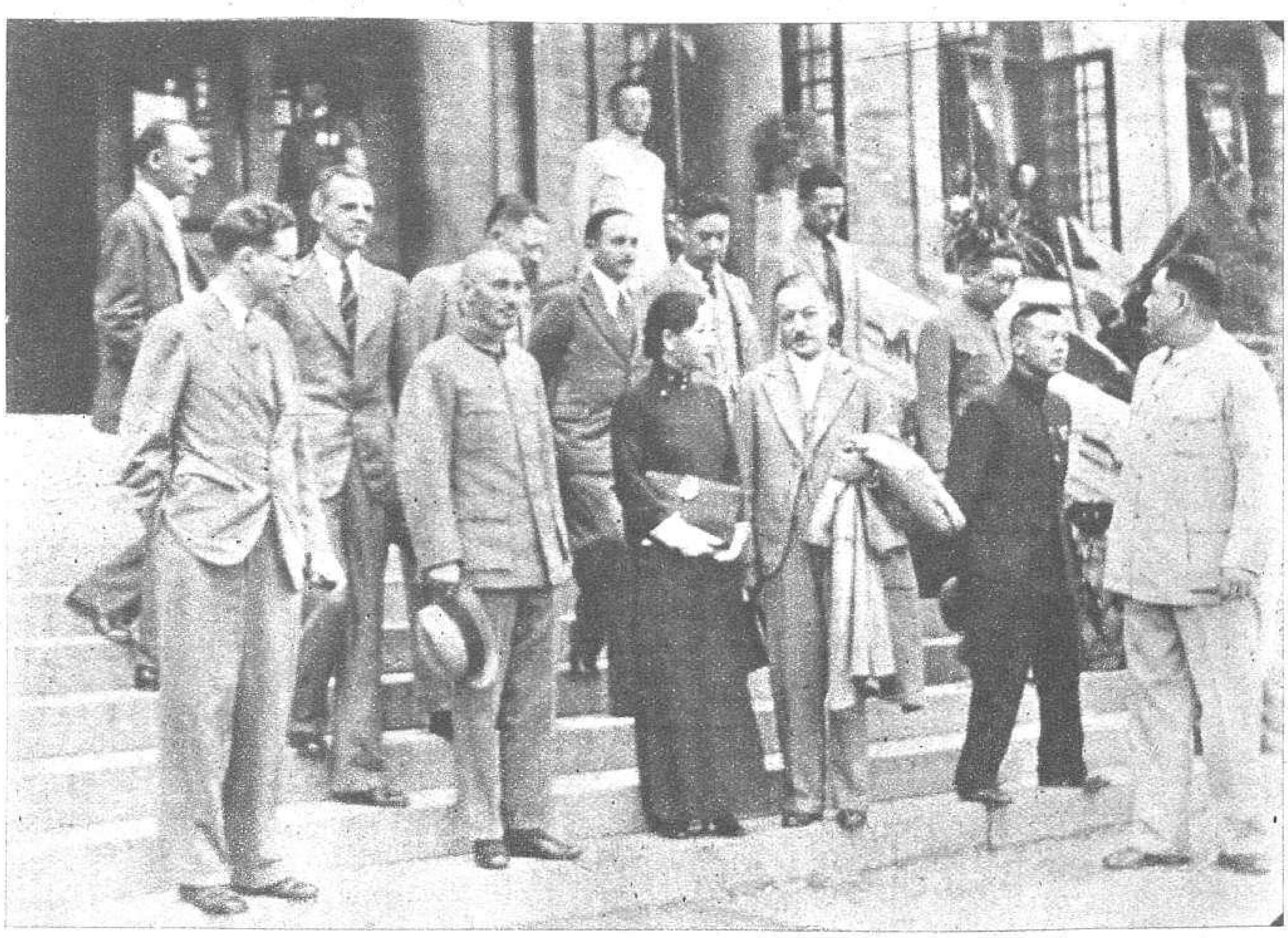
Entonces le observó un sanitario, y vió que Fernandote estaba chorreando sangre de una pierna. Le reconocieron, y vieron que tenía el muslo derecho atravesado de un balazo. Fernandote, por toda respuesta, se echó a reír, y dijo:

—¡Y yo que venía asustado porque creí que, de repente, me había quedado sin fuerzas! ¡Mira que no poder con el morito éste, que es un alfeñique! Se me doblaban las piernas y se me aflojaban las manos... ¡Y ahora resulta que el que se estaba desangrando, sin darme cuenta, era yo!...

Y Fernandote se reía muy contento, por no estar «más que gravemente herido». Se le había quitado de encima una «preocupación»: la de creer que había perdido sus fuerzas. Y eso—decía—le hubiera importado más que la herida.—Rogelio Santaularia Elche.»

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente Mundo Gráfico *recogerá los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.*

EL DEFENSOR DE LA INDEPENDENCIA CHINA



El generalísimo Chiang-Kai-Chek, con su esposa, rodeado de los periodistas extranjeros que solicitaron del caudillo chino algunas declaraciones sobre la guerra, en los días en que las fuerzas japonesas trataban de avanzar sobre Nankín, residencia, como es sabido, del Gobierno de China (Fot. Luis Vidal)

LO QUE CANTAN LOS COMBATIENTES

AQUELLA CANCION ALEMANA QUE ES HOY EL HIMNO DE LA F. A. I.

Los grupos anarquistas actuaban entonces en una clandestinidad azarosa y difícil, rechazando todas las ocasiones que los Gobiernos de la Monarquía, vacilantes y claudicantes con frecuencia, ofrecían a las organizaciones revolucionarias para entrar legalmente en el juego de la política nacional. Para los hombres del anarquismo, en España no había otras pausas en la lucha por la Revolución que las que imponían los Tribunales de Justicia o las precauciones policíacas en las celdas de las prisiones. De aquellas luchas y de aquellas pausas—acaso más de las pausas que de las luchas—se resentía la vigorosa naturaleza de combatiente libertario de Orobón Fernández, para quien, acosado por la Policía, apenas si en España le quedaba espacio fuera de las cárceles ya.

Orobón pasó a Francia. Allí dirigió un periódico, que hubo de abandonar por la presión de las autoridades. Y desde Francia se trasladó a Alemania, donde trabajó en una productora cinematográfica que dió las versiones españolas de varias películas interesantes (*Carbón*. una de ellas) bajo su dirección. Allí conoció Orobón Fernández una canción revolucionaria, que interpretada a coro por una muchedumbre obrera, le emocionó profundamente. Era el mismo ideal revolucionario que a él le había expulsado de España, y que del alemán se traducía apasionadamente, en la emoción de Orobón Fernández, al español.

Cuando se constituyeron las Juventudes Libertarias

Las Juventudes Libertarias—la F. A. I.—recuerdan vagamente cómo se introdujo aquella canción en España.

—Mientras tanto, aquí se habían constituído ya las Juventudes anarquistas—rehace en su memoria uno de los primeros militantes—, que tenían su local, con un pequeño teatro, en un edificio de la calle de la Flor, donde se celebraban reuniones de agitación y propaganda, en las que participaba una masa coral, dirigida por Jacinto Thorío, entonces estudiante y hoy director del periódico *Solidaridad Obrera*. Thorío era un entusiasta de la música, y componía unas veces, y adaptaba otras, las canciones revolucionarias para sus coros. Y a manos de Thorío llegó desde Alemania aquella canción que con el título vibrante de *¡A las barricadas!* había traducido, de la Revolución alemana a la Revolución española, Orobón Fernández. Y que se escuchó por primera vez en España cuando, ya proclamada la República, eran tantos los que creían aquí que la Revolución, mejor que desde las barricadas, iba a poder realizarse desde los órganos jurídicos del Estado. Pero éramos más los que adivinábamos, los que comprendíamos que la Revolución tendría que luchar en las barricadas fatalmente.

La letra que escribió Orobón para «¡A las barricadas!»

—Claro que el verso de *¡A las barricadas!* es de Orobón Fernández, que de la canción alemana no podía recoger más que el acento revolucionario. Fué Orobón el que escribió este poema de expresión, tan levantada que aun sin la música prendería ya con sus estrofas antorchas de ideal en las muchedumbres—dice.

Y va recitando emocionadamente aquel verso:

Negras tormentas agitan los aires;
nubes obscuras nos impiden ver;
aunque nos espere el dolor y la muerte,
contra el enemigo nos manda el deber.
El bien más preciado
es la libertad;
luchemos por ella
con fe y con valor.
Alta la bandera
revolucionaria,
que llevará al pueblo a su emancipación.

—Pero—añade—todavía no era *¡A las barricadas!* un himno. Las Juventudes Libertarias no lo tenían. Ni siquiera un grito de rebeldía de las muchedumbres que cantan cuando quieren rugir.

El himno que el pueblo dió a la F. A. I.

Hasta que el ejército sublevado que llegaba de Extremadura y de Toledo puso un ademán de amenaza frente a los barrios populares madrileños.

—En Noviembre, aquella dramática noche de Noviembre, cuando parecía que el enemigo iba a adueñarse de Madrid, la F. A. I. se precipitó rabiosamente a la defensa. *¡A las barricadas!* en todas las gargantas como un rugido heroico:

En pie, pueblo obrero,
¡a la batalla!
Hay que derrotar a la reacción.
¡A las barricadas! ¡A las barricadas!
¡Por el triunfo de la Revolución!

—Así—termina el militante anarquista—se defendió Madrid. Y *¡A las barricadas!* conquistó el prestigio épico del himno popular. Un himno que, por ser popular, ya la F. A. I. no podía renunciarlo.

Y todavía añade:

—Y que desde entonces tiene para nosotros, con su eterna expresión de lucha, una expresión de victoria también.

JOSE DE LA RIVA

BLENORRAGIA
(PURGACIONES)
en todas sus manifestaciones URETRITIS, PROSTATITIS, ORQUITIS, CISTITIS, GOTA MILITAR, etc. en el hombre y VULVITIS, VAGINITIS, METRITIS, CISTITIS, ANEXITIS, FLUJOS, etc. en la mujer por crónicas y rebeldes que sean se combaten de una manera cómoda rápida y eficaz con los
CACHETS DEL Dr. SOIVRE
que depuran la sangre y los humores, comunican a la orina sus maravillosas propiedades antisépticas y microbicidas; sus admirables resultados se experimentan a las primeras tomas, la mejoría prosigue hasta al completo y perfecto restablecimiento de todo el aparato génito-urinario, curándose el paciente por sí solo sin inyecciones, lavados, aplicaciones de sondas, bujías, etc., tan peligroso siempre por las complicaciones a que exponen y nadie se entera de su enfermedad
Basta tomar una caja para convencerse de ello. Exigid siempre los legítimos CACHETS DEL Dr SOIVRÉ y no admitir sustituciones interesadas de escasos o nulos resultados.
Venta a 6,60 ptas. caja en las principales farmacias
Agentes. -- *New-York:* Drug Importing C.°, 179, Adams Street Brooklyn. -- *S. José Costa Rica* I. Carreras, Bazar Paris, Avenida Central. -- *S. Juan Puerto Rico:* J. Combas Peyork, Tetuán, 73. -- *Cuba:* J. Carlos Guasch, Apartado 825 Habana

APOPLEJIA
-PARALISIS-
Angina de pecho, Vejez prematura y demás enfermedades originadas por la Arterioesclerosis e Hipertensión
Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando
RUOL
Los síntomas precursores de estas enfermedades: *dolores de cabeza, rampa o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahídos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad*, etc., desaparecen con rapidez usando Ruol. Es recomendado por eminencias médicas de varios países: *suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina;* no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.
VENTA Madrid, F Gayoso, Arenal, 2. Barcelona, Segalá Rbla Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América

¿Quiere V. crecer 8 centímetros?
Lo conseguirá pronto a cualquier edad con el grandioso CRECEDOR RACIONAL. Procedimiento único que garantiza el aumento de talla y el desarrollo. Pedid explicación, que remito gratis, y quedaréis convencidos del maravilloso invento, última palabra de la ciencia.
Dirigirse a D. Joaquín Lloris, Sucesor del Profesor Albert. Pí y Margall, 36, Valencia (España)

La vida, el amor y la muerte de "Mata-Hari"

XV

La bala en el corazón

(Dibujo de Bayo)

«¡Cuánto público! ¡Qué éxito!...»

HABLA tranquilamente, como si estas horas no fuesen ya las últimas de su vida. En su acento y en su expresión sólo una gran serenidad se refleja.

El doliente cortejo se pone en marcha. Por los pasillos de la prisión las pisadas tienen un eco triste. Las otras dos presas lloran al ver marchar a *Mata-Hari*.

Junto a la bailarina camina la Hermana Leónidas. Va llorando. El resto de la comitiva avanza silenciosamente por los pasillos de la prisión. *Mata-Hari* trata de animar a la religiosa.

—Vamos, Hermana, vamos... No llore así... No llore más... ¿No ve cómo yo no lloro?

Llegan a las oficinas de la cárcel. Hay en ellas mucha gente, bajo un silencio ceñudo. Todas las miradas se clavan anheladamente en aquella mujer que va a morir. Ella continúa con el mismo ánimo sereno y fuerte.

—¡Oh!... ¡Cuánto público!... ¡Qué éxito!...

La voz amable en el silencio triste

Flota sobre la estancia una pesadumbre dramática. Nadie se atreve a quebrar el denso silencio. Sobre todos pesa la tragedia inminente. Sólo la voz de *Mata-Hari* se escucha en esos instantes; la voz que continúa siendo ligera y suave, como si no fuese, dentro de muy poco tiempo, a quebrarse para siempre...

—¿Me permiten?

Se abre camino entre la multitud callada y triste. Se sienta ante una mesa. Pide recado de escribir.

Después se dirige a las personas que han ido con ella hasta allí y que han de acompañarla hacia la muerte.

—Sólo un momento...

Muy cerca de ella está su abogado defensor, en cuyos ojos las lágrimas tiemblan. En Clunet se funden en este supremo instante el dolor del drama y el amor por aquella mujer, impasible y risueña ante la muerte.

—Sólo un momento... Es que quisiera escribir unas cartas...

Las últimas cartas

Empieza a escribir. Son sus últimas cartas. Su letra es la de siempre, sin la más leve alteración, sin que nada haga tembloroso el deslizar de la pluma sobre el papel. Diríase la carta a cualquier amiga, en cualquier instante de su vida, y no en este trance final de su existencia.

Ya ha rubricado las cartas. Se levanta resueltamente y va hacia su abogado defensor.

—Mi querido señor Clunet: hágame el favor de meter cada una en su sobre y de enviarlas a la dirección correspondiente... Pero ¡cuidado con equivocar las direcciones!...

Mata-Hari se ríe. Algún pensamiento divertido ha cruzado por su frente. Añade, completando aquellas palabras hacia su defensor:

—Sería usted la causa de trastornos conyugales...

Tranquila, decidida y amable, se vuelve hacia los que han de llevarla al polígono de Vincennes:

—Cuando ustedes gusten...

Ante el poste trágico

A la puerta de la prisión de San Lázaro están esperando los automóviles.

Mata-Hari sube a uno. Van con ella la Hermana Leónidas, otra religiosa y el Pastor protestante que ha venido a asistirla en sus últimos instantes.

Tras de este coche van otros con las personas que han de presenciar el fusilamiento: el juez Bouchardon, el doctor Bizard, militares...

Al llegar a Vincennes, ella es la primera en descender del coche. Salta de él ágilmente y ayuda a bajar a la Hermana Leónidas y al Pastor protestante, profundamente afectados, medio desvanecidos por los tremendos instantes que estaban viviendo.

Ya está formado el pelotón encargado del fusilamiento. *Mata-Hari* lo ve, y diez metros más allá ve también el poste trágico a que ha de ser atada. Se dirige hacia él resueltamente, con paso seguro y firme, seguida por la Hermana Leónidas y el Pastor, que no logran disimular su emoción profunda, incontenible.

Llega junto al poste. Mas no quiere, erguida y serena, que la aten a él ni que le venden los ojos. Quiere ver llegar por sí misma a la muerte. Sobre su alma, en esta hora final de su vida, palpita una suprema serenidad.

Una muerte serena

Ya los fusiles apuntan hacia ella. *Mata-Hari* sonríe a la Hermana Leónidas; la pobre Hermana Leónidas, que a unos metros de allí, arrodillada, reza y llora...

Mata-Hari, con un pañuelo en la mano, dice adiós a las religiosas. En los ojos, inmediatos ya a la muerte, brilla una luz diáfana. Todo el rostro parece transfigurado—claro, suave y luminoso—en esta hora de tránsito.

Con su otra mano, *Mata-Hari* envía un beso de perdón al oficial que ha de ordenar el fusilamiento.

El oficial levanta el sable.

Suena una descarga, y el cuerpo de *Mata-Hari*, roto, cae al suelo.

Entre todos los disparos, sólo una bala da en el blanco, atravesando el corazón de *Mata-Hari*.

En el próximo número:

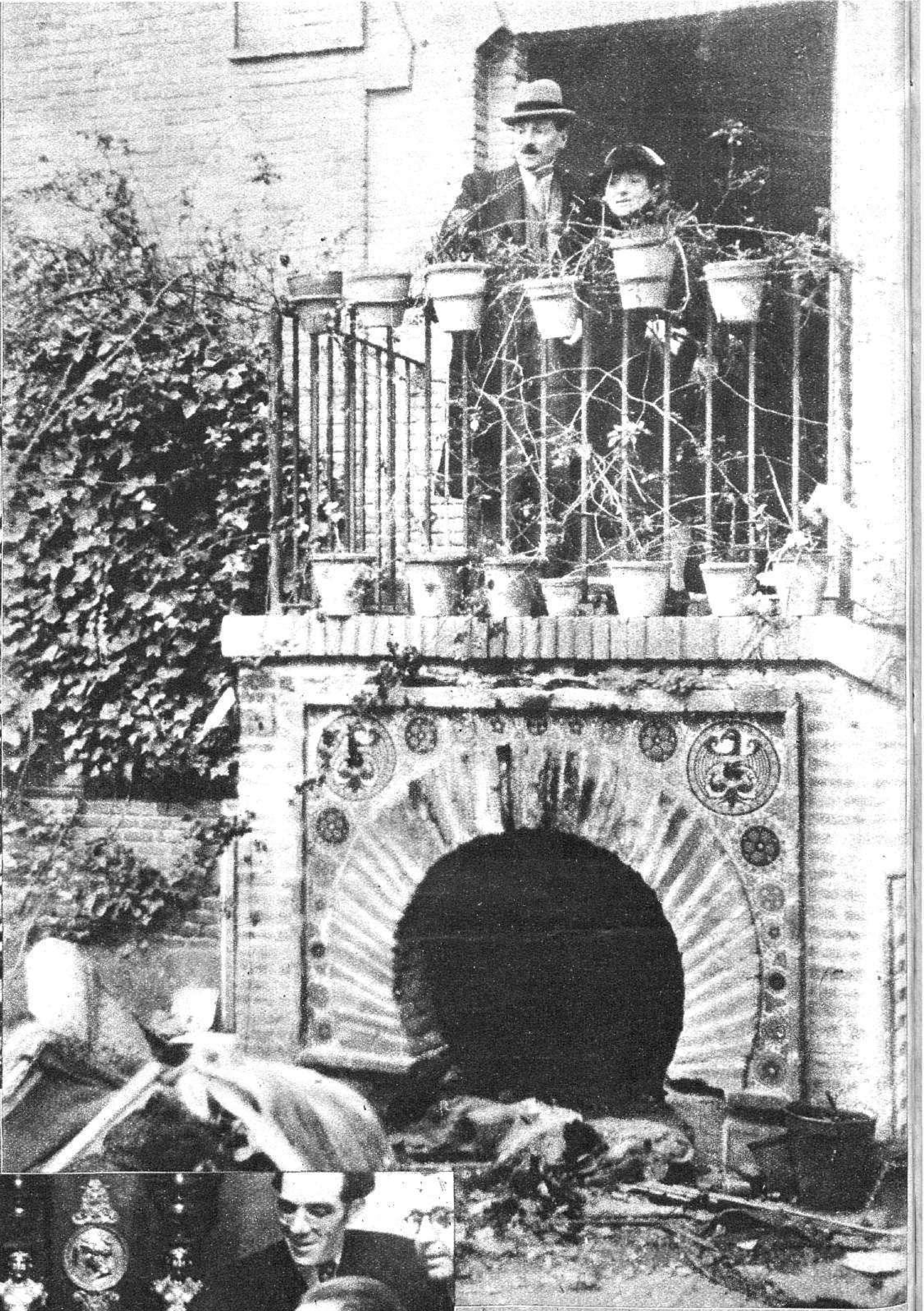
XVI Y ULTIMO

DESPUES: UN SUICIDIO Y UNA INTERROGACION

AVENIDA
2.ª SEMANA
de la emocionante y sensacional película
La última avanzada
con Cary Grant, Claude Rains y Gertrude Michael
Palacio de la Música
Grandioso éxito del film de las carcajadas
Un par de gitanos
Insuperable creación de los ases de la gracia
STAN LAUREL y OLIVER HARDY
RIALTO
Formidable éxito del interesante fil
El hombre sin rostr
con FRANCES DRAKE y GAIL PATRI
ESPECTÁCULOS
CAPITOL
3.ª semana de grandioso éxito de la colosal superproducción de ambiente revolucionario
Joaquín Murrieta
Genial creación de
Warner Baxter
MADRID-PARIS
EXITO ENORME
de la deliciosa comedia
El perfecto caballero
Creación de
Frank Morgan

El jefe de los parlamentarios laboristas, ante el dolor de España

El mayor Atlee y miss Wilkinson contemplan los destrozos causados en el barrio de Argüelles por los bombardeos enemigos



El mayor Atlee y miss Wilkinson en su visita a la casa—situada en el barrio de Argüelles—en que vivió el ilustre novelista don Benito Pérez Galdós (Fots. Vidal)

Los parlamentarios ingleses, acompañados por el ministro de Instrucción Pública, durante su visita al ilustre defensor de Madrid, general Miaja

Talleres de
Prensa Gráfica, S. A.
Hermosilla, 73.-Madrid
(Printed in Spain)